

LA IBERIA MUSICAL Y LITERARIA.

Este periódico sale todos los jueves y domingos; dá en los meses de invierno un concierto á los suscritores de Madrid y mensualmente tres secciones de música: *Canto español, Canto italiano, y Piano.* — La música se vende al precio marcado en cada pieza. Los números sueltos del periódico á *real*.



	MADRID.	PROVINCIAS.	ESTRAÑEJO.
Periódico solo con billete personal para los conciertos, y sin obcion á la seccion de música.	8 reales un mes.	10 reales un mes.	100 reales por un año.
	20 id. trimestre.	26 id. trimestre.	
	36 id. semestre.	6 id. semestre.	
Periódico con billete personal para los conciertos y con obcion á una de las tres secciones.	70 id. un año.	80 id. un año.	160 reales por un año.
	12 reales un mes.	14 reales un mes.	
	30 id. trimestre.	40 id. trimestre.	
	54 id. semestre.	76 id. semestre.	
	100 id. un año.	140 id. un año.	

El aumento de cualquiera seccion de música, aunque se tomen todas tres, es el de 4 rs, al mes por seccion en Madrid, y 6 por id. en las provincias.

SUMARIO. La Catalani (*biografía*), por E.— El monaguillo (*costumbres*), por R. Valladares y Saavedra. — La herencia del poeta (*poesía*), por J. E. Hartzenbusch. — Escepticismo (*novela*), por T. Guerrero. — Crónica nacional. — Agenda.

Se ha repartido el *album de canto*, que correspondía á los señores suscritores de 1843.

—En esta semana se repartirá á los señores suscritores de Madrid el billete personal para el concierto de este mes que dará la *Iberia*.

En vista de las infinitas reclamaciones que los SS. suscritores de Madrid han dirigido á esta redaccion para que se les conceda mas billetes que el personal, para los conciertos de la *Iberia*, esta redaccion á pesar de los grandes gastos que se la orijinan, ha dispuesto complacer á sus constantes suscritores acordando lo siguiente: *todo suscritor de la Iberia musical y literaria, tiene obcion á dos billetes de convite, pagando por cada uno ocho reales*; el suscritor que no pueda asistir á la redaccion por los billetes en el dia que se anuncie, podrá hacerlo, remitiendo el personal y haciendo el pedido bajo su firma. La redaccion de la *Iberia* quiere que la sociedad que asista á sus conciertos sea de lo mas culto y elegante que encierra la corte, y al efecto no se dará ni un solo billete al que no sea suscritor de la *Iberia*.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

ANGÉLICA CATALANI.

Quando todos los periódicos del mundo artístico se han ocupado de la muerte de la señora Catalani cantatriz célebre, natural es que nuestra *Iberia* que está consagrada espresamente á dar lustre y honor á todos los artistas de un mérito relevante, se ocupase de una artista que visitó nuestra España, y que con sus dulcísimos cantos cautivó por algunos años la atencion jeneral de la Europa artística.

Angélica Catalani nació en Sinagaglia, estados romanos, en 1783; era hija de un platero de dicha villa. A la edad de doce años entró en el convento de santa Lucía, en Gubbio, cerca de Roma, y ya era tal el encanto que

producia su voz infantil, que asistia crecido número de personas á los oficios divinos. La voz de la señora Catalani cuando estaba en todo su frescor y lozanía, tenia una estension grande, sobre todo en los agudos, pues en las ejecuciones rápidas subia la Catalani al *sól* agudísimo, cuya calidad de sonido era purísima y encantadora.

Este fenómeno, agregado á la facilidad con que se prestaba su torneada y blanquísima garganta á ejecutar con la velocidad del relámpago ciertos trozos de música, particularmente las *escalas cromáticas* ascendentes y descendentes, la hicieron adquirir un gran prestigio entre los maestros y dilettanti, pues no se habia conocido jamás cantatriz que ejecutase con igual afinacion, exactitud y velocidad que la Catalani.

Apenas contaria quince abriles la señora Catalani, cuando salió del convento, viéndose obligada á tomar una plaza humilde en el teatro, para poder socorrer á su desgraciado padre que acababa de arruinarse; la educacion música que nuestra jóven artista recibió en el convento, fué malísima y descuidada, como acontece en todos jeneralmente; su hermosa voz, suplía los defectos de su canto monótono; pero tenia contraidos hábitos malísimos, especialmente en la vocalizacion y articulacion, hábitos que no hubiera desterrado jamás, á no haber oido cantar á algunos célebres cantores, tales como Crescentini y Marchesi.

De estos defectos resultaba, que jamás pudo hacer ciertos pasajes la Catalani, sin imprimir á su mandíbula inferior un movimiento de oscilacion sumamente pronunciado; de aqui el defecto que su vocalizacion no era ligada, y que los pasos ejecutados por la misma, se parecian todos á una especie de *staccato* ejecutado en el violin.

Apesar de estos lunares, que solo reparaban en ellos los críticos de buen tono, la jóven Catalani tenia tan hermoso timbre en su voz; los sonidos que despedia eran tan puros, tan afinados y tan encantadores, que se reconocieron en sus primeros pasos teatrales, haciéndose aplaudir de una manera tal que hay muy pocos ejemplos en la historia del arte.

La naturaleza habia destinado á Anjélica al canto de *bravura*; pero no se fijó en este jénero, sino despues de muchos años de práctica; decidiéndose nuestra artista desde el principio por el canto de *espresion*, siendo éste tal vez para el que menos elementos contaba, y al que menos se adaptaba á su organizacion: así es que cantó en París de una manera poco satisfactoria

por cierto, el aria con recitados de *L' Alexandro nelle Indie*, de Piccini, *se il ciel mi divide dal caro mio ben*. Pronto cambió de rumbo la jóven Catalani, y así que comenzó á cantar variaciones arregladas para la voz, conciertos, arias, *Reginas*, y todos los cantos de bravura en los cuales no podia encontrar rival, cambió enteramente el aspecto del público para con ella, recibiendo éste á la artista con las mayores muestras de fanatismo y delirio.

De todos los datos que resultan hasta hoy, se afirma que la señora Catalani salió al teatro por la primera vez en 1801, cantando en el de la *Scala* de Milan la *Clitemnestra*, de Zingarelli; y las *Bacanales de Roma*, de Niccolini. No causó un verdadero interés tocante á su escuela de canto, pero acerca de su voz, de este don precioso y caro que la dió naturaleza, fué admirada y tenida por los milaneses como un prodijio.

De Milan pasó nuestra artista á cantar en los teatros de Florencia, Trieste y Nápoles; en todos los puntos referidos escitó un entusiasmo sin igual, y bien pronto la reputacion artistica de la Catalani se estendió por toda la Europa. El nombre que habia adquirido, hizo que la ajustasen en Lisboa para cantar con la señora Gafforini y el célebre Crescentini, en el teatro de la ópera italiana, habiendo arribado á la capital del Portugal á fines de 1804. Algunos biógrafos cambian la fecha de la llegada á Lisboa de la Catalani, suponiendo que la efectuó en 1801, época, que como dejamos anotado en otro lugar, hizo su *debut* en Milan. Tambien aseguran algunos escritores que la Catalani hizo trabajos de consideracion en el arte del canto, bajo la sábia direccion de Crescentini, pero este gran cantor ha dicho en varias ocasiones, que hizo cuantos esfuerzos estaban de su parte para dar algunos consejos á tan preciosa perla, como era la Catalani, pero que la resistencia de ésta hizo enteramente inútiles todos los medios empleados por aquel.

En este tiempo contrajo matrimonio la señora Catalani con Mr. Valabrégue, oficial francés al servicio de la embajada de Portugal, conservando siempre el nombre *Catalani*, por el cual la conocia toda la Europa. Mr. Valabrégue comprendió de una ojeada todo el inmenso partido que podia sacar de la voz de su esposa; y desde este momento comenzó la especulacion basada sobre un don tan precioso: especulacion que satisfizo con resultados brillantes el plan concebido por Mr. Valabrégue.

La Catalani llegó á Madrid en 1805, y el efec-

to que produjo su canto en los habitantes de la corte de España, no hay sino preguntárselo hoy día á algunas de las infinitas personas que aun viven y que no perdieron una sola nota de la voz de tan célebre artista. *Los Caños del Peral*, teatro de la ópera, situado donde está actualmente el salon de Oriente, estaba henchido de espectadores cada noche, cada día que cantaba la célebre artista; el entusiasmo por la música rayó en frenesí, y aun dicen algunos pelucones de aquella época; *que desde que marchó la Catalani, no han vuelto á escuchar una cantatriz igual*; si bien algunos han hecho una justa escepcion en favor de la señora Meric-Lalande.

S. M. Carlos IV, llamó á su cámara, reiteradas veces á la señora Catalani, quien tomó parte en los infinitos conciertos que dió el rey, siendo obsequiada cual su talento merecía, y recibiendo regalos de sumo valor. La Catalani ha dejado gratos recuerdos en Madrid, y alguno de sus amigos, nos ha referido en diversas ocasiones, que la célebre cantatriz se acordaba con placer de su estancia en España.

De Madrid pasó nuestra artista á París, punto que parece elegido por todos los cantantes europeos para consolidar, para dar la última mano á su reputación. Grandes rumores, grandes hablillas, gran polvareda levantó la llegada de la Catalani en todos los círculos de *dilettanti parisiens*; unos decían que no sabia cantar; otros, que su voz aunque buena, participaba de todos los defectos; aquellos la encontraban sublime; estos, por el contrario decían que no habian oído cosa mas mala; el teatro era cada noche un anchísimo campo de batalla donde se debatían todas las opiniones, todos los gustos, todas las afecciones, cruzándose los aplausos con algunos chicheos y *bravos* entusiastas; batalla formidable y terrible que hacía durar la ópera dos horas mas de lo regular. Al fin, como el talento de una artista, cuando ya goza el aura enbalsamada de los diversos pueblos de la Europa, es sumamente respetable, la Catalani triunfó de todos los diversos partidos que se la oponían, refundiéndolos en uno solo que la aplaudía, y reconocía de buena fé sus raras cualidades vocales que en vano trataban de contrariar; haciéndose cargo los críticos de conciencia que, *no puede existir jamás cantante alguno que sea perfecto; que no tenga algun defecto*. Esta verdad que los años han venido á confirmar, es incontrastable.

(Se concluirá.)

E.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

EL MONAGUILLO.

(Continuacion.)

Mas allá y junto á la sacristia se le atraviesa un viejo regañon que descando moderar sus impetus revolucionarios, cae en el suelo, víctima de su flaqueza, y con destemplados gritos, atruena el santuario. En fin, despues de mil y mil lances chistosos unos, repugnantes otros, vá á dar del primer brinco, con su cuerpo en el sillón, que está debajo de la imájen del redentor. Allí sentado, saca de sus bolsillos dos trozos de longaniza azaz mohosa y una libreta de pan, despachando en menos tiempo que reza el credo, la imperiosa necesidad del desayuno; despues, y á hurtadillas remoja las fauces con el vino que ha de servir en las misas, teniendo buen cuidado para no ser olido, de

beberse su correspondiente cuartillo de agua fresca.

De este modo, ya preparado, espera con impaciencia la venida del sacristan, cuyos pasos se escuchan y cuyo rostro ya se mira; el sacristan le saluda:

—Adios, Pepillo.

—Buenos dias, don Simon.

—¿Y el señor cura?

—Aun no ha venido; yo he preparado ya todo, y tengo tocadas las *Aves-Marias*.

—¿Y has encendido las lámparas?

—Si señor.

—¿Y las velas de nuestro padre Jesús?

—Esas no, porque.....

—¡Maldita sea tu alma, infame! corre al momento, ó.....

Y sin concluir le sacude en la parte mas blanda del cuerpo dos golpes tan certeros que le hacen ir mal de su grado á encender las con-sabidas velas, de quienes reniega como causa del sofion.

Aun no han pasado dos instantes de esta escena, cuando aparece la escualida figura del cura párroco, el cual saluda con cierta altanería, deja sus hábitos, se cala el bonete y se dirige al confesonario, sin hablar una sola palabra. El sacristan sienta sus reales en la sacristia y con la llegada de los clérigos, que vienen á decir su correspondiente misa, empieza nuestro monaguillo á entrar de lleno en la vida bulliciosa que su posición reclama.

Tres toques de campana son indispensables en esta *heroica* villa para decirse una misa y tres toques dá el acólito con toda la variedad de que es susceptible una cabeza de once años y recorriendo toda la escala musical. Hay vecino que no entiende tan divertido solfeo (esto me sucede á mí) y ó tiene que tomar el sombrero cuando escucha la primera campanada, ó se espone, si espera la rigularidad en los toques, á no oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar, acarreándose así un pecado que en sana justicia debía recaer sobre el retoño eclesiástico.

Por mas que sea reprendido, por mas que las vias de hecho hallan venido en apoyo de las palabras, él sigue impertérrito, y la libre facultad de entretenerse á costa del barrio y las campanas nadie en el mundo se la ha podido coartar. Y no es esto ¡vive Dios! lo mas cruel: al fin asi es uno solamente el que efectua las variaciones desconcertadas; pero cuando le cercan falanjes terribles de *adanes* pequenitos y algunos libres de ropa, cuando estos tienen alguna influencia sobre el venturoso tocador, entonces..... los oídos de la comarca (entendámonos, de los habitantes) se estremecen y atruena porque aquello raya en la anarquía mas completa y atronadora que figurarse puede nadie. Pero al fin y al cabo por mucho que dure este desorden no se puede entender á mas de un cuarto de hora, tiempo suficiente para desesperar al mas pacientísimo cristiano, despertar á la mas dormilona vieja y vestirse el mas contemplativo sacerdote.

La misa, es decir el celebrante, acaba de salir al altar y sucede ahora como casi siempre, que ni las velas están encendidas, ni las vinajeras revisadas, ni el misal completo. Todas estas faltas las advierte el monaguillo en aquel instante y así es que á carrera tendida se pone á practicar lo que ya debiera estar hecho, y el bueno del sacerdote con las manos cruzadas, permanece fijo, sufriendo con paciencia la flaqueza del prójimo, si es esclaustrado (no el prójimo sino él) ó renegando por el tono de

dó si es capellan de algun rejimiento. Un instante despues, se oye una espantosa zambra en la sacristia, y un vapuleo que da gozo; al fin y al cabo, aparece el descuidado con las provisiones y de hinojos ante el altar con una cara que da miedo, espera la vez de comenzar el *duo*.

Pero aquí, antes de empezar la misa, es bueno que conozcamos al monaguillo por sus inclinaciones. Raro es aquel que habiendo ejercido por un mes su sacrosanta profesion, no odie de muerte el tremendo acto de la misa. ¡Horror causa pensarlo y mas horror causa el decirlo!! pero esta es una verdad espantosamente conocida! ¿A qué atribuir este aborrecimiento? ¿á qué esta fatal inclinacion? Aun no ha habido un observador que responda á esta pregunta y así yo *ex-cátedra* y resolviendo á mi capricho la cuestion, digo: que proviene de la innata antipatía que tenemos todos los hombres á llenar los deberes de nuestra profesion: de la tendencia comun de trabajar todo lo menos que sea posible y disfrutar todo lo mas que sea acedero. Y esto á mi modo de ver no es hablar por hablar, sino una perogrullada que se está tocando todos los dias y á todas las horas, en todos los círculos y en todas las clases.

¿No advertis aquella mirada inquieta y es-crutadora que tiende en su redor el monaguillo al colocarse á los pies del altar? ¿No veis aquel continuo oscilar de cabeza, y aquellos ojos que rápidamente van rodando de persona en persona como quien busca alguna entre ellas? Pues todos estos movimientos son los actos exteriores que prueban la inclinacion criminal del que os he hablado. Aquellas miradas, aquella inquietud, aquel vagar continuo proviene del hastío que le causa pensar que tiene que asistir por toda una media hora al sacrificio, y no puede aquel tiempo emplearlo en conversacion ó en otras cosas que me reservo decir. El busca un ayudante improvisado y como nunca falta entre los oyentes alguno que en dias anteriores le haya relevado de aquel cargo, sus miradas van dirigidas á su encuentro, y así que lo vé, le invita con el lenguaje mudo de los ojos, á que repita el acto que envidian los mas encopetados ánjeles. Hay veces que el interpelado ó no está de humor de corresponder á la invitacion, ó no entiende la indirecta, en cuyo caso queda un recurso al monaguillo, harto repugnante, pues que casi siempre produce efectos admirables. Al empezar el sacerdote su *«In nomine patris»* despues de haber estado cinco minutos registrando el misal (costumbre castellana que á los andaluces maldita la gracia que nos hace) el monaguillo, como dominado de un pensamiento cuya realizacion es absolutamente indispensable, se dirige á la sacristia, dejando en tan gran compromiso por segunda vez al asendereado sacerdote, que falto de paciencia mira á uno y otro lado para encontrar al pizpireta monaguillo. ¿Qué corazon hay que pueda resistir la vista del ministro de Dios desamparado en el altar y buscando en vano á su acompañante? ¿Quién por poco católico que sea no se apresura á sacarlo del apurado trance en que se encuentra, por compasion ó por caridad? Nadie: y he aquí precisamente lo que deseaba el desertor acólito, el cual asoma siempre cuando ve ya al supernumerario en su lugar, porque es preciso advertir que ha estado á cierta distancia observando los movimientos y para que en caso de tardanza, no recaiga sobre él el anatema eclesiástico de la ce-

santía. Medio infernal es por supuesto el indicado, pero que demuestra la picardía *ab initio* de los muchachos españoles y el carácter de suspicacia y socarronería que las hace célebres entre todas las demas naciones.

Pero demos de barato (porque así nos conviene) que todos estos resortes han fallado y que tiene *à fortiori* que ayudar la misa. Entonces es este acto una série no interrumpida de desacatos inocentes y de chistosos encuentros. Al mudar el misal en el evangelio, rara es la vez que no tropieza en el esteron del altar obligando á salir de su contemplacion al clérigo, con el sofion que le sacude.—Al usar de las vinajeras hace un juego de cubiletes con ellas, capaz de desesperar al mas pacientísimo sacerdote.—Al ir á tocar el *Sanctus* no halla la campanilla, y así para no dejar desapercibida aquella parte, se está tocándola despues hasta que ya es llegado el momento de que lo haga para *alzar*. Se *alza* en efecto, y el monaguillo, sin curarse de lo grande del acto, juega con su mano derecha en la que tiene el esquilon y que parece descoyuntada; y con la izquierda se entretiene en mover la casulla, y en los intermedios arreglarla de modo que no presente á la vista ningun pliegue.

(Se concluirá.)

R. VALLADARES Y SAAVEDRA.

LA HERENCIA DEL POETA.

El año que sé yo cuantos de la creacion del mundo Júpiter mandó á los hombres venir á su trono augusto. Llegaron, tosió, escupió, reinó silencio profundo, y el buen señor descolgose con el siguiente discurso.

«Hasta el dia de la fecha mi providencia os mantuvo; pero desde hoy, camaradas, la cosa toma otro rumbo. Grata donacion os hago de la tierra con sus frutos, del mar y de cuanto encierran los dos elementos juntos. Mire cada ciudadano que objeto es mas de su gusto, cójalo, y al que lo atrape declaróselo por suyo.»

¡Ira de Dios! ¡con qué prisa echó á correr el concurso!

Ya estaba Júpiter solo antes de medio minuto.

¡Qué empujones! ¡qué porrazos!

Aquello dicen que anduvo cual proclamacion de reyes en que echan dinero al vulgo.

El labrador se apropió un campo estenso y fecundo, el paster una dehesa, el arriero cien mulos, el fraile un buen refectorio, el juez la horca y el verdugo, los curas el pie de altar y los reyes los tributos.

Cuando solo estaba ya tomando á fuerza de puños, hete que viene un poeta y se halla sin bien ninguno. Pide parte y se la niegan, antes le llaman intruso,

y donde el pobre se mete le quieren zurrar el bulto.

A Júpiter el cuitado, va por último recurso, y el Dios le dice que ¿dónde y en qué diablos se entretuvo?

«Señor» contestó el poeta, «yo que con piadoso impulso á los males del cerebro remedio buscar procuro, allá en un pais distante donde tu órden no se supo, fundé un hospital de locos, y observándolos, estudio.

Por esto falté al reparto, y fuera en verdad absurdo que yo me quedara *in albis* por ser bienhechor de muchos.»

—«Razon que te sobra tienes,» respondió Júpiter sumo: justa tu tardanza fué y es el atenderte justo.

Ya que una casa de locos fundaste, segun escucho, la jaula mejor de todas por herencia te instituyo.»

Desde esta adjudicacion confirmada por el uso la casa de locos es de los poetas refugio.

J. E. HARTZENBUSCH.

ESCEPTICISMO.

Novela original.

A mi amigo

MARIANO SORIANO FUERTES.

Un momento mas y la suerte de dos hombres iba á decidirse; se hallaban enfrente uno de otro, en un sitio desierto de la alameda del Canal de Madrid; brillaban en sus manos dos espadas; en el rostro del uno, estaba marcada la cólera; en el del otro, una impasibilidad que provocaba mas á su rival. Algunos minutos despues, el arma de este último, fué á algunas varas de distancia, llevando en seguida las manos al pecho, de donde salía sangre con fuerza; su contrario se detuvo, acercándose al herido que le dijo con indiferencia:

—Si no te has satisfecho, pronto estoy á morir..... Sigamos.....

—De ningun modo, Carlos; he olvidado la ofensa al ver correr tu sangre y ya no soy mas que tu antiguo amigo.

Y corrió á cubrir con su pañuelo la herida que él mismo habia causado.

He aquí dos jóvenes desafiando á la muerte, por una de esas exigencias de la sociedad, que esponen al hombre á sufrir continuamente desengaños amargos. Carlos y Ricardo eran amigos desde la infancia, profesándose gran cariño, apesar del contraste de sus caracteres. Carlos era un joven viejo: un joven que no hallaba deleite en lo que le rodeaba, hastiándole hasta la vida, pues su alma no encontraba eco á su alma; no habia hombres que comprendiesen su amargura, para esplayar su corazon, para sentir del mismo modo; Carlos no amaba, porque no existía una mujer que no amase como las demás, pues él creía que no era igual á los otros hombres.

Ricardo, por el contrario, era alegre, sin desengaños: franco y de buen corazon; pero al mismo tiempo emprendedor y vivaracho: en una palabra, lo que llaman una calavera, pero un calavera jeneroso, que de todo sacaba partido, sin hacer daño á nadie; queria á su amigo entrañablemente y se reia sin cesar de su escepticismo; Carlos compadecia á Ricardo, enviándole, si, aquella alma virjen, que solo veia en todo lo que le rodeaba, el brillo que deslumbra, sin profundizar, porque entonces hubiera llorado como su amigo, hubiera participado de sus ideas. Esta amistad, presentaba una barrera insuperable para todo.... menos para la sociedad, que desencadena los lazos mas sagrados.

Los dos amigos se habian encontrado en un café con varios jóvenes, la noche antes del lance que acabamos de describir. Ricardo, algo acalorado la cabeza con el licor, pronunció sin intencion, ciertos sarcasmos por las ideas de su amigo, haciéndose jeneral la conversacion. Carlos, despertando en aquel momento el fuego de la juventud, que nunca se apaga enteramente, impuso silencio á Ricardo, que continuó con sus chanzas. Entonces, el deber de la sociedad ofuscó la vista de Carlos y selló con su mano el rostro de su único amigo.

Todos callaron, mirándose unos á otros y Ricardo, dirigiéndose á Carlos, le preguntó.

—¿Qué has hecho?

—No lo sé, contestó con indiferencia.

—En ese caso, yo, te lo explicaré.

—Cuando gustes.

Y estrechó la mano que su amigo le presentaba, murmurando por lo bajo:

—¡A muerte!

—Gracias, Carlos, me has comprendido.

Los dos volvieron á sentarse, procurando los demás calmar aquel acceso que pudiera tener funestas consecuencias, sin saber que los ojos hablan á veces; ellos conocian que un ultraje no se satisface mas que con la venganza.

El resultado de este suceso le hemos visto ya: la herida de Carlos habia calmado la rabia de su amigo y desechó el rencor que le animaba á matar á un hombre indefenso. Recordó en aquel momento los lazos que los unian y sabemos que le vendó con su pañuelo, trasladándole con el mayor cuidado á su casa.

II.

Imposible seria pintar el desconsuelo de la pobre madre de Carlos, al verle entrar herido ignorando que habia sido Ricardo, porque se atribuyó á un lance con un desconocido. La herida era de poca entidad, segun el cirujano, pero sin embargo necesitaba gran cuidado, por ser en el pecho. Ricardo recobró su alegría al saber que su amigo se salvaria, y acercándose á él, cuando estuvieron solos, le dijo:

—¿Cuánto me pesa mi locura!

—Nada te importe, porque nada me da la vida. Hubieras hecho un bien, quitándomela, porque en ella no encuentro una sola idea que me halague. Dí: ¿qué goce me presenta el mundo? Ninguno; todos los dias son iguales, y el único en que encontraré alguna diferencia, será quizás mañana, si muero, y entonces, te agradeceré el que hayas sido tú, mi único amigo, quien me haya librado de una carga....

—Calla, Carlos, calla por Dios, tu madre está ahí y si te oyerá.....

—Tienes razon; mi madre es como todas las demas mujeres; no concibe que pueda ser un bien la muerte.

—Carlos, me entristecerás por segunda vez, pues solo ayer me has visto taciturno: nada me importa batirme: el resultado se comprende, pero el duelo era contigo!.....

Interrumpiéronles en este diálogo dos mujeres, que entraron en su cuarto, dirigiéndose al lecho del enfermo. La anciana, era la madre de Carlos; la otra una vecina: jóven, de ojos penetrantes y hermosa; su viveza hacía comprender bien pronto que tenía talento: esta mujer, se había casado muy niña, quedando viuda á los veinte años y la desgracia de una mujer es quedar viuda, cuando empieza verdaderamente á sentir.

Carlos miró á ambas, que le preguntaron como se hallaba y respondió laconicamente:

—Bien, madre mia.

—Vamos, valor, le dijo la viuda. Un jóven no debe abatirse de ese modo por un rasguño.

—¡Oh! ya sé que esto no es nada, Maria y sería muy cobarde en quejarme, ¿no es verdad?

—Así lo creo.

—Quisiera estar enfermo, solo por tener una visita, como esta, dijo Ricardo, que no podía olvidar un instante su jéno. Una mirada de esos ojos. Carlos, debieren cerrar tu herida, como abren una en mi corazón.

—¿De veras? preguntó Maria riéndose.

—¡Ah! es muy cierto y no pensaba yo que tuviera mi amigo ánjeles que viniesen á consolarle.....

—Vamos, callad, Ricardo, dijo la anciana madre de Carlos; sois un calavera y perdeis la razón en viendo una mujer.

—Segun y conforme, señora; si esa mujer es como la que estoy mirando, nada tiene de particular.

Carlos se sonrió y Maria bajó la vista, sin duda, para que el jóven continuase, sin advertir que no se ruborizaba.

Maria acompañó á su madre á cuidar del enfermo, y Ricardo que le había gustado mucho la viudita, trató de decirle que la amaba (aunque no fuese cierto) no pudiendo conseguirlo aquel día.

La noche siguiente, dormía Carlos, y la viuda velaba con la anciana; en un momento que salió ésta del cuarto, Ricardo, con aquella decisión y atrevimiento que le caracterizaban, se acercó á Maria, cojiéndola una mano. La jóven se levantó y él, sin soltarla, la dijo:

—Es en valde, Maria; habeis de saber que cuando os veo, siento una conmocion estraña, que me trastorna.....

—¡Oh! ¡callad! pueden escucharos.

Ricardo se acercó á su amigo, diciendo:

—Duerme! no tengais cuidado; quisiera hablaros á solas; concedédmelo, y os haré ver que no miento.

—Dejadme, contestó la viuda, y se levantó para salir del cuarto.

Oyéronse pasos de la anciana que volvía, y Maria se sentó por un movimiento natural.

—Maria, ¿accedeis?.....

—De ningun modo.

El jóven se mordió los labios y empezó á pasear por el cuarto, diciendo entré sí:

—¡Oh! no hay cuidado, que yo no abandono el campo á la primera descarga, y no será difícil vencer?.... Es verdad que he entrado tan de improviso; no la he dejado reflexionar.... Vamos, no sirvo para enamorar.

Maria por su parte quedó pensativa. El brusco ataque de Ricardo la había sobrecojido; pero

era mujer y sonaban muy bien en sus oidos las lisonjas; mas no por eso dejó de conocer que obraría mal, consintiendo en ver al jóven sin testigos, pues sus intenciones no podrian ser nada rectas.

Ricardo, firme en su propósito, no perdió una ocasion para hablar á Maria y cada vez la encontraba menos opuesta á sus ideas, pues su lógica era demasiado persuasiva y sus picarescas bromas escitaban la risa de Maria.

Mucho mas restablecido ya Carlos, hubiera sido menos necesaria la asistencia de su linda vecina, pero ésta, sin saber la causa, se encontraba bien allí; ¿acaso sería porque allí veía á Ricardo? ¿Tendría amor á aquel jóven?

Ricardo, creyendo que Maria trataba de huir de él, determinó dar el último paso y escribió en un pequeño papel, que al anochecer, pasaria á visitarla á su casa, introduciéndolo con cuidado en el bolso de la viuda. Al medio día, volvió la jóven y quiso darle con la vista una negativa; pero él mirándola fijamente dijo con indiferencia:

—Al anochecer.....

—¿Qué deciais? preguntó Maria.

—Al anochecer..... voy á dar un paseo para respirar libremente, despues de tantos dias que llevo aquí encerrado. ¿Podreis guardar al enfermo, este tiempo, Maria?

—No: dijo Carlos; ya sabeis que no necesito tantos cuidados; los dos os marchareis: os lo ruego.

Maria no contestó y el jóven guardó el silencio, insinuándose todo lo posible; al fin conoció que podía arriesgarse en ir á verla.

Inútil será advertir que Ricardo no faltó á la cita: Maria estaba en su casa y Maria recibió á Ricardo.

(Se concluirá).

TEODORO GUERRERO.

CRONICA NACIONAL.

Sabemos que se halla en esta corte el caballero Martos (José Antonio), autor de la ópera española titulada *Veleda*, que tantos aplausos obtuvo en Granada cuando se estrenó. Esperamos que el gobierno atienda á este jóven compositor como merece, y premie sus adelantos en el arte que profesa como aficionado.

—La señorita DIFENTA Coronado, ha puesto un comunicado en el *Mundo* del jueves último, desmintiendo la noticia dada por el mismo periódico de su muerte. Nosotros, que con un gran sentimiento anunciamos la muerte de esta poetisa, cantándole en nuestro periódico los primeros, no podemos espresar la alegría que nos ha causado esta noticia; felicitándonos de que podamos oír sus cantos, que tanto nos agradan.

—El señor Castellanos sentirá (como escritor), la falsa noticia de la muerte de la señorita Coronado, pues así no podrá publicar en el *Boletín del Instituto la necrologia* de esta jóven.

LERIDA. La compañía de ópera ha puesto en escena con un éxito brillante y digno de todo elogio, un número considerable de producciones líricas, entre las cuales se cuentan el *Barbero de Sevilla*, *Julietta y Romeo*, los *Puritinos*, la *Lucrezia* y la *Norma*. La señorita Soriano y los señores Montañés y García Rojo, merecen del pueblo leridano las calificaciones mas ventajosas por sus talentos artísticos, por sus excelentes voces y por la finura, espresion y maestría con que cada uno canta su parte respectiva. Todos estos señores han recojido en este teatro muchos y bien merecidos lauros, pero muy señaladamente la señorita Soriano

que es una artista de mérito.

BARCELONA 15 de enero. Revista quincenal de los teatros. *Santa Cruz. Un novio á pedir de boca; Lluven bofetones; El primito*; son comedias que como se han repetido ya mucho en este teatro no me detendré en ellas; sin embargo sea dicho de paso que en esta última, la señorita Palma desempeña el protagonista con mucho esmero.—*Solaces de un prisionero*; drama del duque de Rivas, en el que su distinguido autor parece ha querido reproducir las dobles aventuras galanas de personajes de alta esfera, con sus encuentros nocturnos, sin faltar los bufones socarrones, las rondas y criadas confidentes como en nuestro teatro antiguo. A un diálogo bien sostenido y bien conducida accion, le acompaña una versificación robusta y cadenciosa; de modo que puede tenerse este drama por uno de los mejores de nuestro teatro moderno. La ejecucion aunque desempeñada por segundas partes, casi todas, salió bastante bien.—Anteayer debía haberse puesto en escena en este teatro la *Norma*, lo que no se verificó por indisposicion del tenor Verger.

LICEO. *El nafrajio de la fragata Medusa*. A pesar de lo muy reducido que es el palco escénico de este teatro para las representaciones de grande espectáculo y tramoya, las decoraciones y mecanismo de la fragata se han presentado con mucho lujo y propiedad. Como el argumento de este drama es seguramente el mas bien trazado de cuantos hemos visto del jenero de tramoya, y los actores que tomaron parte en la representacion han comprendido bien la suya respectiva, particularmente la señorita Samaniego (hija) y los señores Alcaraz y Menendez, la pieza ha sido aplaudida, pues conmueve y divierte alternativamente á los espectadores. El pintor se ha lucido en la decoracion del prólogo imitando perfectamente la camara de un buque de guerra.—*Urg el almogavar*, drama en tres actos, segunda produccion de Antonio Bofarull, jóven de esta ciudad. Su argumento se refiere á una de las épocas mas gloriosas de nuestra historia, cuyo conocimiento ha aprovechado bien el poeta. Una versificación fácil, brillante y enérgica unas veces y otras tierna y apasionada, imitando en el corte á nuestros antiguos poetas; caracteres interesantes y trama ingeniosa son las circunstancias que recomiendan esta obra. En lo único que se echa de ver la poca práctica del jóven autor en el arte, es en el desenlace algo precipitado, al paso que se prolonga mas de lo necesario. La señorita Samaniego recitó con gracia y estremada pasion. El señor Alcaraz representó con suma propiedad el carácter de un almogavar indómito al par de jeneroso y enamorado. No dió menos realce á su papel de juglar ó mas bien de bufon, el señor Menendez. Este drama ha tenido buena acogida del público que estimuló y animó al señor Bofarull, con repetidos y merecidos aplausos, llamándole al proscenio.

AGENDA.

Se vende un magnífico piano aleman de cola con tres cuerdas por tecla, en ocho mil reales.

—Hay un gran surtido de libretos de óperas, los que se venden sueltos á cuatro reales y comprando una docena se dará uno gratis.

—La empresa de ópera que necesite de un buen maestro de coros ó apuntador, se dirigirá á esta redaccion, la cual responde de la capacidad y conocimientos del que desea ser colocado en este destino.

Director y redactor principal.—JOAQUIN ESPIN.

IMPRENTA DE LA IBERIA MUSICAL.

Se admiten suscripciones á este periódico, en Madrid en la Direccion, calle de la Madera, número 11, cuarto segundo: en todos los almacenes de música: en la librería Europea de Denué é Hidalgo, calle de la Montera; y en el almacén de pianos de Larrú, calle de Fuencarral número 27. En las principales librerías del reino, y tomando una libranza en cualquier administracion ó estafeta de correos á favor del *Director de la Iberia Musical*.